

Marcos Ana, como un árbol carnal

LA MUERTE, EL PASADO 25 DE

NOVIEMBRE del poeta Marcos Ana (Fernando Macarro Castillo, que adoptó los nombres de sus padres para la literatura, nació en Alconada, una pequeña aldea de Salamanca, en 1920), y la aparición de uno de sus poemas, *Hablaré por vosotros*, recogido en el libro *Contra. Poesía ante la represión*, (Coordinadora Anti-Represión, Región de Murcia, 2016), entre otros numerosos testimonios poéticos de diversa autoría, me ha hecho recordar a Miguel Hernández, poeta que sufrió prisión, y si no tantos años como Marcos Ana (veintitrés ininterrumpidos), murió en ella.

En uno de sus últimos poemas, poco conocido, de Miguel Hernández, titulado a la manera de García Lorca *Casida del sediento*, y fechado en el penal de Ocaña (mayo de 1941), unos versos del mismo me trasladan a la situación de absoluto desamparo amoroso, carnal de ambos — el adulto y el muchacho—: “

*Arena del desierto
soy: desierto de sed.
Oasis en tu boca
donde no he de beber...*

Marcos Ana tenía diecinueve años recién cumplidos cuando al término de la Guerra Civil es encarcelado. Una década le lleva en edad Miguel Hernández a Marcos Ana cuando entran en prisión, condenados a muerte. El poeta de Orihuela ha conocido el amor de la mujer, de una novia y esposa, la paternidad por doble partida; el poeta salmantino, según confesión propia, no pudo tener su primera experiencia física con una mujer hasta que, en 1961 es indultado, por intervención internacional. Todavía un lustro más tarde, en 1965, la Enciclopedia Universal Sopena, en su cuarto tomo, página 4261, un breve párrafo sobre Miguel Hernández indica que murió en un accidente... Yo, que he sido un tardío admirador de Hernández, me quedé atónito ante esa noticia intencionadamente falsa y dada como un hecho. Yo estaba entonces en los albores de mi



adolescencia, y pese a que mis ideas no eran precisamente libertarias, comencé a darme perfecta cuenta de lo que era el franquismo y el nacionalcatolicismo. En resultados, en cuanto pude, me marché del país.

Un amigo al que quiero, cristiano auténtico, hace poco me dijo (quiero creer que en broma) que yo moriré siendo de derechas; acaso se basaba en mi admiración por Cristo. Nada contesté a lo dicho por mi amigo, por respeto. Me fui pensando en Frantz Fanon, Antonio Gramsci, Pier Paolo Pasolini, Nazim Hikmet, Matilde Landa, Patrice Lumumba, Paul Robson, Rosa Luxemburgo, Ibrahim Kaypakkaya, Monseñor Romero... y un largo etcétera (incluyendo a Miguel Hernández y Marcos Ana) que podrían responder por mí.

Marcos Ana vivió un episodio, hermoso humanamente hablando, delicadísimo, con una joven prostituta, nada más salir de la prisión. Él refiere ese encuentro en su libro autobiográfico *Decidme cómo es un ár-*

bol, dignificando que la mujer, enternecida con él, a los 42 años, virgen e inexperto, no le acepta pago alguno por el acto. Y que al día siguiente, agradecido al hombre que le deja frente a la puerta de la pobre vivienda de la mujer un enorme ramo de rosas, en el que se había gastado todo el presupuesto de su trabajo inestable.

Tanto en la multiplicidad poética de *Contra. Poesía ante la represión* como en *Poemas de la Prisión y la Vida* (Umbriel Ediciones-Tabla Rasa. Argentina, Chile, Colombia, España, Estados Unidos, México, Perú, Uruguay, 2016) de Marcos Ana, el testimonio y coherencia de quienes van contra la norma, la impostura y la injusticia, son expresados con valentía y claridad. Fue el gran poeta turco Nazim Hikmet quien, a través del tiempo, supo contestar a otro gran poeta persa y sublime místico, cuando en un poema el persa afirmaba que la muerte iguala al pobre y al rico. Hikmet, que por su lucha por la injusticia en

este mundo sufrió dieciséis años de prisión y cinco años en el exilio, en el que murió, contestó a ese poema con un argumento rotundo: para que la muerte fuese equitativa para el pobre y el rico, la vida también había que haber sido equitativa.

*Amar a una mujer, amar a un hombre.
Amar a un corazón, no importa cómo;
verterse en otra vena que responde.
No estar desesperadamente solo.*

*Amar, amar, romper las soledades.
Triste es llorar al pie de una ventana
viendo caer sin fin tras los cristales,
la nieve lentamente sobre el alma...*

¿Cuándo escribió Marcos Ana estos versos? Qué importa la fecha y ni el momento. Marcos Ana, «como un árbol carnal», que diría Miguel Hernández, extiende sus ramas vigorosas proyectando su sombra amorosa, en el recuerdo.